

Jacobo Danke, artista de cierto y de imposible, canta a un subjetivo océano absoluto en cada una de sus partes. Como Salvador Reyes o Augusto d'Halmar, descubre en el sueño la corporeidad indirecta de las cosas, con que hace poesía.

«LAS CÁBALAS DEL SUEÑO», de *Olga Acevedo*. Editorial Nascimento, 1951

Con fuertes, oportunas y sugestivas ilustraciones de Susana Mardones, publica su séptimo libro Olga Acevedo. En la solapa, el espaldarazo de Gabriela Mistral define el estro de la poetisa de tan cumplida manera que no resistimos al conato de darlo a conocer: «Ud., como yo, quiere mucho a su Buda, pero no suelta la mano de N. S. J. C., y tiene un furioso internacionalismo, pero es sólo Chile lo que rezuma del corazón. A esta Olga «mudadora de moradas», y en verdad clavada en un solo patio, yo me la sigo queriendo. Algún día va Ud. a deshacer algo de la ruta hecha por un tirón criollo, y yo daré algunos pasos adelante. Entonces estaremos juntas y sin discusión literaria ni social. Tal vez este sea su mejor libro y el punto en que Ud. se queda—el último poema—ojalá sea la tónica del libro venidero».

El poema abunda en expresiones felices: «Entro arrebatadamente a tu memoria, como a un pétalo tierno, mojado de sufrimiento» (pág. 15). Alcanza la aristocracia fresca y antigua, del lirismo bíblico en sus más puros remansos; «Deshójame en la sangre aquel rocío grueso de inciensos mágicos... me empiezo a dormir otra vez en tu memoria como la flor en el aire tibio de la noche...»

Olga Acevedo tiene cosmovisiones proféticas que le sacuden la voz delicada hasta hacerla temblar de arcano, de porvenires movedizos y nefastos; pero de pronto insurge la sensualidad tan llena de sabores de Salomón, y entonces comienza de nuevo a habitarnos el espíritu la belleza pagana del cristianismo: «Oh, dadme ya el hábito blanco y el ceñidor de esparto. Yo sola me ungiré de especias y óleos mágicos y me pondré el anillo de desposada» (pág. 41).

En la vía de selección de Rosamel del Valle, Olga Acevedo nos entrega un poema que es como un manojo de jaculatorias con néctar y mirra líricas, una oda cuyo remate es de una pleamar silenciosa y profunda, de alta esperanza para el ser: «Yo sé que adentro de la piedra y debajo del agua sumergida hay un canto dormido y un recogido vuelo solitario» (pág. 51).

Poblado de número, de ritmo, «Las Cábalas del Sueño» son capaces de acariciar la sangre.

«Y HABÍA LUZ DE ESTRELLAS», de Carmen de Alonso.  
Ediciones Flor Nacional, 1951

En el prólogo se nos advierte que el cuento cuyo título ostenta el libro, alcanza el primer premio en concurso iberoamericano «Hernández Catá», propiciado por Cuba. Como estamos curados de espanto en estos achaques, no nos impresiona la noticia. Ni en Cuba ni en región conocida de Hispanoamérica se ha discernido galardones a los malos jurados, con que la opinión vulgar carece de padrón cierto para determinarlos.

Carmen nos ofrece media docena de relatos. En cada uno se advierten méritos que circundan más o